



OBISPO DE CARTAGENA

ADMISIÓN DE CANDIDATOS A ÓRDENES SAGRADAS

Murcia, Parroquia San Benito, a 14 de enero del 2024

Queridos sacerdotes, religiosos y religiosas,
Sres. Vicarios episcopales,
Rector y formadores del Seminario Mayor San Fulgencio,
Rector y formadores del Seminario Diocesano Redemptoris Mater,
Director del centro de estudios teológicos,
Seminaristas mayores y menores,
Queridos familiares de todos los candidatos a las Órdenes Sagradas,
Gracias al párroco y feligreses de esta parroquia de San Benito por vuestra acogida.
Un saludo a todos los que sientan en su corazón la llamada del Señor.

Queridos hermanos Alejandro, Jesús Marín, Arturo, Juan, Jesús López, Jesús Martínez, Juan Pedro, Antonio, Davide, Alejandro Heredia y Melvin Javier, vosotros, como toda persona de este mundo, a la hora de plantearos la propia vida habéis pensado buscar a Dios y acudir a él, porque sabéis que estando cerca de él encontraréis, con certeza, la dicha, ser felices... El salmista ofrece el mismo camino, habla de su propia experiencia a los que andan perdidos o atrapados por sus pecados, pero siempre insiste en que busquemos al Señor: «¿Quién nos hará ver la dicha, si la luz de tu rostro ha huido de nosotros?» (Sal 4, 7). El autor sagrado insiste con fuerza en su predicación en que busquemos al Señor, porque él puede afirmar que Dios escucha siempre, que nos regala la verdadera alegría y que se ha revelado como el Dios de la Alianza. Esta misma puede ser nuestra experiencia, si hemos llegado a conocer el inmenso regalo de su gracia como un don, ya que nos ha hecho capaces de relacionarnos, de abrirnos a los demás, en una palabra, conocer su gran amor. Acabamos de terminar la Navidad y hemos visto cómo Dios se ha revelado en esta maravillosa entrega total, se ha hecho hombre, uno de nosotros y ha entregado su propia vida por nosotros hasta la muerte en Cruz. Jesús siempre va por delante y, antes que la Palabra, nos ha regalado su ejemplo, su entrega por amor.

Un inmenso ejemplo de haber entendido el plan de Dios y de dejarse llevar por la fuerza del Espíritu nos lo enseña san Pablo, y en su predicación nos lo dice claramente: «Cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues **nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y este crucificado.** También yo me presenté a vosotros **débil y temblando de miedo;** mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y en el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios» (1Co 2, 1-5).

Vosotros habéis manifestado que estáis preparados para poneros en camino de servir a la porción del pueblo de Dios que se os encomiende, sois candidatos a una vida de servicio. Ya sabéis lo que significa esto, ¿verdad? La Palabra de Dios nos pone delante del rostro de Cristo directamente, no anda por las ramas, nos habla con claridad y nos señala el centro de nuestra atención, que siempre es el Padre Dios, nuestro Padre del cielo. Vais a servir en una familia y el clima que se respira en una comunidad de hermanos es, como nos recuerda san Pablo en la carta a los colosenses: la comprensión, la bondad, la humildad, la mansedumbre, la paciencia... que son las características propias del amor. Por esta razón, se entiende cómo Jesús les ha insistido a sus discípulos que «el mayor entre vosotros se ha de hacer como el menor y el que gobierna como el que sirve». El ejemplo más hermoso lo hemos visto en él mismo, que nos dice: «Yo estoy en medio de vosotros como quien sirve». El Papa Benedicto XVI, con gran sabiduría, ha recordado en más de una ocasión a la Iglesia que, si para el hombre, a menudo, la autoridad es expresión de posesión, de dominio, de éxito, **para Dios, la autoridad es siempre sinónimo de servicio, de humildad, de amor**; es decir: **entrar en la lógica de Jesús que se abaja a lavar los pies a los Apóstoles** y que dice a sus discípulos: «Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan... No será así entre vosotros». Y el Papa Francisco añade algunos matices que son para pensarlos: «Pensemos en el daño que causan al pueblo de Dios los hombres y las mujeres de Iglesia con afán de hacer carrera, trepadores, que usan al pueblo, a la Iglesia, a los hermanos y hermanas –aquellos a quienes deberían servir– como trampolín para los propios intereses y ambiciones personales. Estos hacen un daño grande a la Iglesia». Este texto no necesita más palabras, solo pedirle a Dios ser fiel en estos momentos al iniciar el recorrido de servicio.

Después de escuchar la Palabra de Dios no podremos descansar sin hacer un examen de conciencia para ver cómo responde nuestro corazón en la vida comunitaria y si hemos tenido dificultad en la vida de servicio, que es esencial en la vida cristiana. Está claro, la autenticidad del amor al hermano se demuestra en saber servir, saber perdonar y esto no pasará desapercibido a Dios, porque nos pedirá cuentas sobre cómo perdonamos, cómo practicamos la misericordia, la comprensión y cómo servimos. No hay mayor plenitud de vida que una vida de entrega en el servicio: ser grano de trigo echado en el surco para que de la muerte nazca la vida y una vida abundante. Y todo eso comporta cruz, pero no una cruz que aplasta, sino que culmina en la glorificación. No nos viene mal recordar esto, precisamente en estos días cuando acabamos de abrir en Caravaca de la Cruz el Año Jubilar.

El modo de servir para todos los que formamos la gran familia de los hijos de Dios, por si alguien lo tiene olvidado, está muy claro, nos lo explica san Pablo en la carta a los colosenses: «Como pueblo elegido de Dios, pueblo sacro y amado, sea vuestro uniforme: la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada» (cf. Col 3, 12-17). Esta letanía de actitudes debiéramos recitarla todos los días hasta aprenderla de memoria para actualizarla como si fuera la cosa más normal de la vida.

¡Cuántas cosas se dicen en las homilias! Buena intención no falta, pero otro asunto es que habiendo escuchado todos al Señor fuéramos capaces de comenzar la buena aventura de la conversión. Reconozco que no es fácil, pero tampoco es un imposible, así que se me ocurre pedirlos a cada uno que hagáis el ejercicio de apoyar vuestra cabeza sobre el pecho

de Jesucristo, junto a su corazón, como hizo san Juan, para escuchar sus palabras y en el silencio de la oración, dejar que calen hondo, primero para aprender como un discípulo, y, en segundo lugar, para que no os dejéis engañar nunca, porque sois hijos de la verdad. Espero, que cuando oigáis la voz del Señor no endurezcáis el corazón.

Muchas felicidades por vuestra decisión, mucho ánimo, que siempre encontraréis la ayuda que necesitéis en esta Iglesia de Cartagena. Que Dios os bendiga.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena